



## FIESTAS EN CORRALEJAS

Cuando joven, tuve una cruel y morbosa costumbre que luego me hizo reaccionar frente a las fiestas de toro; era una forma perversa de disfrutar estas festividades.

Todos los años en tiempos de corraleja, de 3 de la tarde en adelante, me trasladaba hasta la sala de espera de la sección de urgencia del Hospital Local, para ver la llegada de los heridos de muerte que sacaban de en medio del ruedo.

Esta rutina se inició, el día en que quise ver a un hombre al que el toro le había introducido el cacho justo por donde los mamíferos defecamos. Lo estaban *“sacando en hombros”* de la corraleja, bañado por una mezcla de sangre y excremento que atraían a la multitud; el hombre que lo cargaba se movía rápido en medio de los automóviles parqueados en el traspatio de la construcción de madera, y la gente lo seguía como si se tratara de una jauría de perros que corren tras su presa. Diligentemente, el filántropo hombre se abría paso a empujones, a raíz de la zigzagueante mole de cuerpos que se le adelantaban con tal de apreciar por un instante, al primero de los *“sacrificados de la tarde”*.

Para un niño de 12 años, que está dispuesto a recorrer el pueblo en su destartalada bicicleta, un espectáculo como este no deja de ser suficiente atractivo y justificación, para seguir a toda velocidad la ambulancia donde trasladaban al herido hasta al hospital; y justo allá, al tiempo de bajarlo, comprobar que es el momento ideal para saciar ese extraño apetito, quizá emparentado con la investigación sexual infantil, de mirar el agujero por donde entró el cacho y apreciar los desgarros en la carne, producto de la fuerza bruta del animal sobre el otro animal quizá menos bruto que el primero.

Tuve tanto interés en ver al hombre, no menos que las otras personas que me acompañaban, quienes momentos antes habían llegado también en bicicletas, motos o carros, en una caravana presurosa que se extendía como una proyección de la corraleja misma, y que finalizaba en la antesala de la sección de urgencia; alcancé a colocar mis manos en la camilla que lo trasportaba, mientras él murmuraba en medio de una sonrisa que se confundió con sus ojos centellados por el dolor; yo interpreté aquella expresión como una forma de hacerme entender que todo su infortunio hacía parte también de la fiesta. Apretaba la mano conocida de quien lo cargaba, intentando infructuosamente articular palabras, pero ya las fuerzas lo abandonaban, y lo cedían a otras manos menos conocidas que lo acogerían, eso sí, definitivamente; eran las manos frías de la muerte.

Este episodio fue suficiente para prenderme por 4 o 5 años más, ya no para correr tras las estelas de la muerte, sino para esperar en aquella sala, y apreciar su rostro esquelético que con cada nuevo moribundo que llega, sale como las valquirias a recibirlo, en medio de las enfermeras y los médicos, ocultando su osamenta detrás de un sombrero vueltiáo que hace juego con el poncho y con la camiseta blanca que dice: ¡Fiestas en Corralejas!

Jorge A. Cotera